

# Notas para una historia del catolicismo cubano contemporáneo

*Manuel Fernández Santalices*

## I

EN LA CULMINACIÓN DEL SIGLO XIX COMENZÓ EL ÚLTIMO acto de la Cuba colonial con la independencia de la Isla, una causa por la que habían luchado los cubanos a lo largo de casi toda la centuria. La “Guerra de independencia”, que el patriotismo, autoridad moral y la inteligencia política de José Martí lograron que fuese realidad con el apoyo del valor y la capacidad estratégica de Antonio Maceo y Máximo Gómez, se inició signada con una sólida declaración de principios, el “Manifiesto de Montecristi”, y la autoridad que le prestaba la presencia de tres jefes insurrectos infiltrados en territorio de la Isla. Incluso la muerte de Martí, poco tiempo después, dio a la epopeya un sentido de oblación casi sagrado.

La Iglesia española no mostró ninguna comprensión hacia los deseos de los cubanos, empapadas como estaban la Iglesia y la Corona de un integrismo hispano-católico que veía la secesión de los territorios coloniales de América como poco menos que una herejía y en todo caso una grave infidelidad.<sup>1</sup> Los obispos de la Península se dedicaron a la triste tarea de enviar tropas de voluntarios a Cuba para aplastar la “insurrección”. Los de Cuba tampoco entendieron unos anhelos de independencia que se planteaban con la mayor generosidad y nobleza. De los dos obispos de la Isla, el de La Habana, que regía eclesiásticamente su mitad occidental, tuvo la desgraciada iniciativa de conceder que las iglesias de su diócesis fuesen utilizadas por el ejército español para fortalezas. Sólo al final tuvo palabras

---

<sup>1</sup> “Alto ejemplo de patriotismo están dando los obispos españoles al promover en sus diócesis respectivas la formación de batallones de voluntarios que defienden en Cuba la integridad de la patria, el honor de la bandera y con ello la fe de nuestros mayores...” (“Blanco y negro”, Año VI, N° 262, Madrid, 9 de mayo de 1896)

comprendivas para los cubanos en armas. El arzobispo de Santiago de Cuba, menos intransigente y más piadoso, intentó por lo menos detener aquella lucha pidiendo al Capitán General español la capitulación de la plaza.

Todo esto a despecho de que el Pontífice romano entonces reinante, León XIII, que al parecer *in pectore* guardaba simpatías por los anhelos de los beligerantes cubanos, aceptó llevar a cabo una mediación, a instancias de Alemania, en el conflicto de la Isla. Los españoles, exhaustas sus tropas, aceptaron una tregua, pero los cubanos, que seguramente no querían pasar por otro “Zanjón”, se negaron a dejar la lucha, aunque para entonces ya había caído en el campo de batalla otro de los tres grandes jefes insurrectos, Antonio Maceo.

La Providencia de los gobiernos norteamericanos sobre la Isla era más que ambigua y los sucesos que apoyaron la intervención de sus tropas en la guerra hispano-cubana resultaron misteriosamente sospechosos. Esta ocurrió cuando la guerra estaba moralmente ganada por los cubanos y tácticamente habían logrado éxitos espectaculares.

La fuerza de los efectivos en la intervención norteamericana precipitó las cosas y España fue derrotada. Imperó la *pax americana* con olvido casi siempre del heroísmo de los cubanos.

Al final se supo que buena parte del clero nativo había apoyado la insurrección cubana al precio de prisión, muerte, destierro y penas canónicas.

## II

La reorganización de la Iglesia católica en Cuba a partir del final de la guerra hispano-cubano-norteamericana con la capitulación de España como potencia colonial y el establecimiento de un gobierno intervencionista norteamericano, la situó en una perspectiva ciertamente difícil e incierta. Si por una parte se vio liberada de las interferencias que le suponía el Patronato regio español, una reestructuración dentro de esa situación de “independencia” debería contar con las coordenadas políticas que la intervención armada, a última hora, de los Estados Unidos hacía presentes. Es evidente que la Santa Sede debió elegir entre dos posibilidades: la que le pedían los sacerdotes cubanos en su Manifiesto<sup>2</sup>: constituir una Iglesia de carácter nacional, y la menos viable de una pro-norteamericanización. Sólo así se explican los nombramientos de obispos estadounidenses, de un prelado italiano avezado en las lides diplomáticas con Norteamérica por su posición, y de un Delegado Apostólico para Cuba que, aunque de origen francés, había estudiado la carrera eclesiástica en EE UU y llevaba años de obispo de la Iglesia estadounidense. Aparte de que todo ello sirviese para negociar con el Gobernador norteamericano, sobre todo las indemnizaciones económicas a la Iglesia de Cuba por los bienes incautados durante la vigencia española de las leyes desamortizadoras, pronto se vio que el destino de la Gran Antilla era marchar hacia el *status* de una Repú-

<sup>2</sup> Manifiesto del clero cubano nativo al M.H.P. de la R.C., Habana y septiembre de 1898. Impreso en Key West, Fla., U.S of A.

blica independiente, aunque de momento con apéndices constitucionales que la limitaban enojosamente. Así, posteriores designaciones episcopales “cubanizaron” la Iglesia. Pero los nombramientos para las dos diócesis ya existentes y las cuatro de nueva creación, resultaron un tanto erráticos e inestables, aunque a veces por motivos aleatorios.

En esta Iglesia, que padecía escasez de clero debido a las crisis del siglo anterior y la clausura temporal de los seminarios, nacen, por iniciativa de algunos religiosos y laicos clarividentes, las instituciones católicas laicales que darían una fisonomía particular y la consecuente vitalidad a la Iglesia cubana. Los católicos habrían de afrontar un anticlericalismo tenaz, unas veces difuso y en algunos casos orgánico, que hundía sus raíces en un pasado régimen hispano católico-integrista caracterizado así con mayor fuerza durante los treinta años de las luchas cubanas por la independencia.

### III

A partir de 1940 el Episcopado cubano se estabiliza. Con los nombramientos de nuevos prelados para Pinar del Río y La Habana, se constituye, con permanencia, uno de los Episcopados más brillantes y activos de la historia eclesial de Cuba. Y fue precisamente este Episcopado el que creó y puso en marcha en Cuba la Acción Católica, incorporándole movimientos laicales creados en décadas anteriores.

Esta etapa eclesial coincide con el segundo período constitucional de la República; después del septenio de incertidumbre política que siguió al derrocamiento en 1933 del Presidente Gerardo Machado. Por primera vez los obispos hacen una declaración colectiva dirigida a los delegados a la Asamblea Constituyente, y las asociaciones laicales se movilizan conjuntamente para que por su voz fuese tenida en cuenta la opinión católica en la redacción de la nueva Carta Magna.

En este estado de espíritu crece el organismo eclesial a través de las instituciones educativas y por el aumento de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Los laicos asumen la conciencia de su misión participativa en la organización de la sociedad, también por la vía política, a despecho de una cierta opinión liberal-laicista y secularista a ultranza que pretendía negar la sal y el agua a los católicos cuando, como tales, reclamaban su derecho a una intervención civilista en los asuntos de la sociedad.

### IV

Cuando una segunda crisis se produce en la mitad del siglo con el golpe de estado de Fulgencio Batista en 1952, los católicos ya están maduros para mostrar una sensibilidad en los asuntos de Estado. Les faltó, sin embargo, una comprensión más cabal por parte de la Jerarquía de la Iglesia y de sectores del catolicismo, que no dejaron de rodear con suspicacias alguna legítima acción política laical. Sin embargo, esos mismos obispos levantaron su voz responsablemente para denunciar una situación dolorosa de lucha civil que resultaba insostenible moralmente.

Se iniciaba así una larga etapa, aún no concluida, en la que todo el catolicismo, jerarquía, clero y fieles –quiso hacerse presente con los altibajos propios de una acción profética– que a menudo era mal comprendida o interesadamente rechazada.

## V

La difícil relación de la Iglesia católica con el régimen revolucionario implantado en 1959, ha sido y es más que una simple confrontación ideológica entre contrarios. La naturaleza de ambas instituciones ha hecho que esta relación tenga motivos de interés en la observación de la dialéctica de los hechos históricos que se pueden contrastar y que en gran medida son incomparables con otros aparentemente similares.

Una voluntad de permanencia de la Iglesia católica, por su irrenunciable deber de predicar el Evangelio *ad gentes* y en toda ocasión, ha hecho que sea ella la única institución sobreviviente en un mapa social que tiene borrado todo vestigio institucional del pasado. Pero su presencia no es ni pasiva ni de erizado enfrentamiento; está situada “en medio de su pueblo” con vocación de anuncio salvador, como una instancia que quiere discernir los signos de cada tiempo para también intentar humanizar la vida social.

Por su parte, el régimen revolucionario implantado casi desde sus inicios bajo la inspiración de unos principios llamados “marxistas-leninistas”, calcados de textos canónicos y de unos regímenes que se habían establecido en otras latitudes, postulaba el ateísmo como confesionalismo de Estado y buscaba la supresión de todo vestigio religioso como rémora de un pasado de explotación capitalista.

Un elemento añadido a esta relación dialéctica en el escenario cubano es que ambas instancias han ensayado una adaptación de sus respectivas actitudes al compás de cambios operados a escala universal, aunque sin renunciar a principios fundamentales. Un buen observador podría notar las líneas tensionales que pautan los diversos tiempos.

Algún comentarista afecto al régimen señaló en cierta ocasión que la Iglesia católica en Cuba actuaba en zig-zags. Sin embargo, pueden apreciarse también los vaivenes de una política de Estado que tiene siempre presente su voluntad de desvalorizar todo lo posible la presencia de la fe cristiana en la sociedad cubana. Y puesto que debe tolerarse transitoriamente esa presencia no deseada, opta por la política un tanto rudimentaria de “el palo y la zanahoria”, para dar tiempo al tiempo.

Pero parece evidente que a despecho de todo esto, la Iglesia, puesto el oído y el corazón en un pueblo que sufre las consecuencias de alternativas político-económicas en el escenario mundial próximo y remoto, sigue su acción profética de anuncio y denuncia, ofreciendo a la vez un espacio de humanización en la vida de sus comunidades de fe, sin sombra de oportunismo.

## VI

La elevación en 1994 del arzobispo de La Habana a la dignidad cardenalicia –el segundo Cardenal cubano– parece culminar un período que se inició con

la promulgación, en septiembre de 1993, del Mensaje de los obispos de Cuba: “El amor todo lo espera”. El mismo Cardenal Ortega lo dejó dicho en su homilía en la eucaristía con la que se celebró su regreso de Roma ya revestido de la púrpura: “Se abre ahora una *nueva etapa...* en este andar de la Iglesia en Cuba hacia el tercer milenio de la era cristiana”. Y aunque el régimen haya guardado un sospechoso silencio sobre los últimos acontecimientos relacionados con la Iglesia católica en Cuba, y al acto de recibimiento del neo-Cardenal haya enviado a la vice-Ministro de Relaciones Exteriores, al parecer con la intención de situar el nombramiento en el terreno de las relaciones entre Estados, no es posible que en su fuero interno el gobierno ignore la importancia de esta inflexión en las relaciones de la Iglesia con el Estado. Ambas instancias saben que están condenadas a entenderse en el espacio social común de la Nación. Pero es evidente que la Iglesia no parece dispuesta a volver a escuchar cantos de sirena, sino a seguir siendo voz profética que, en opinión del Cardenal Ortega, recuerde a todos, “sea a los más sencillos o a los de algún rango social, a la sociedad entera o a sus miembros gobernantes, que cada uno debe hacer lo que le corresponde por el bien de todos los seres humanos”.

Desde su nombramiento como Cardenal de la Iglesia, el Arzobispo Ortega Alamino ha pronunciado en una veintena larga de ocasiones a través de la isla de Cuba y en lugares del extranjero donde residen cubanos

exiliados, homilías y discursos que contienen un ideario pastoral no sólo referido a su persona y a su diócesis de La Habana, sino que pueden considerarse como los principios que rigen la acción de la Iglesia en Cuba en tres aspectos fundamentales: Iglesia, patria y sociedad.

## VII

El Cardenal Ortega proclama que en Cuba la Iglesia está llamada especialmente a “testimoniar la esperanza cristiana y a sembrarla en el corazón de los cubanos”, a despecho de que “la fe del cubano ha sido sometida a dura prueba del silencio sobre Dios, del rechazo de la misma fe como un elemento anticientífico, retrógrado e innecesario para la vida”. Pero a esto ha sucedido en el pueblo un acercamiento, una apertura a los valores del espíritu. Y así “la Iglesia con pasos firmes, comenzó a andar por nuevas sendas de mayor empuje evangelizador”, dejando atrás temores e inhibiciones. Se da en la actualidad “un reconoci-



Villalago  
Nelson Villalobo

miento social de la Iglesia no únicamente en su función cultural o celebrativa sino en su misión integral de anunciar proféticamente a Jesucristo, cuyo Evangelio convoca a todos los hombres a la fraternidad, a la paz y a la justicia”.

Esta mirada de esperanza puesta en la Iglesia, no deja de plantear cuestiones contradictorias. El Cardenal Ortega sabe que puede haber una “mirada política” sobre ella. “La Iglesia –dice– no es discernible si no se considera la fe que anima su actuación, no puede ser analizada con criterios meramente sociológicos, no es posible tener sobre la comunidad de los creyentes en Cristo enfoques meramente políticos”.

Sin embargo, en su misión de reconciliar y sembrar el amor, “la Iglesia no puede ser ajena a todo cuanto preocupa o angustia al pueblo de Cuba”. “Es toda la Iglesia la que debe mostrar su solidaridad en la caridad con tantos hermanos nuestros que sufren a causa de las carencias materiales”. Del trabajo de la Iglesia en Cuba; que es la evangelización del pueblo cubano, “vendrán la revitalización de los valores sociales, familiares y personales y muchos otros bienes”. Dice que la tarea de dar a conocer a Jesucristo es “ingente y enorme”, para que descubriendo en Él la verdad, “la verdad nos haga libres con esa libertad del corazón cristiano... Aquí está el verdadero quehacer de la Iglesia en Cuba”.

Saliendo al paso de ciertas críticas, el cardenal Ortega señala: “No tengo la misión de proponer o iniciar negociaciones políticas. Nadie nunca ha solicitado esto a la Iglesia en Cuba”. Sin embargo, “para fomentar la reconciliación entre personas, familias o pueblos, la Iglesia no tiene que esperar que nadie solicite su servicio. Esa es una parte de su propia misión”.

Dice también que la Iglesia en Cuba es “una Iglesia de reconciliados, de conversos, de catecúmenos que hacen el aprendizaje del amor cristiano... Es una Iglesia desbordada en su misión de sembrar paz y amor en las almas de muchos de nuestros compatriotas”.

En contraste con aquellos tiempos en que parecía que el ateísmo iba a ser el pensamiento común del pueblo cubano y que había que preparar a las futuras generaciones para que pudieran vivir en un mundo sin fe, “nuestra Iglesia vive un nuevo Pentecostés no estruendoso, sin lenguas de fuegos visibles, pero con un nuevo ardor evangelizador en los corazones”.

## VIII

El Cardenal Ortega sitúa el sentido de la Patria para un cristiano con estas palabras: “La Iglesia universal, abierta a toda raza y nación, católica, no suprime el enraizamiento de los hombres en una patria terrestre, como trataron de hacerlo algunas ideologías en este siglo. El amor a la Patria es siempre un deber para todo cristiano”. Y añade estas palabras desgarradas: “Cuánto necesitamos los cubanos hoy sentir la Patria y amarla con todos los sacrificios que sean necesarios”.

Las grandes figuras de la Patria cubana son asimiladas a un pensamiento de esencias cristianas que está en los orígenes: “Luz y Caballero, Mendive, Martí, son herederos directos e indiscutibles de ese pensamiento cristiano que está en la fragua de nuestra cubanía como fuego integrador”. Especialmente Martí, que fue “el artífice de la libertad de Cuba, aquel que plasmó con su

pensamiento el contorno y talante de la Patria... Lo hizo como abanderado del amor. Todo cubano tiene que examinarse sobre el lugar que ocupa el amor en su relación con la sociedad”.

Y aún sobre Martí: “Los cubanos no debemos ignorar esta faceta, a menudo olvidada, del pensamiento martiano que convoca a todo nuestro pueblo al perdón y a la reconciliación”.

Tras su experiencia en el contacto con las comunidades cubanas fuera de la Isla, el Cardenal Ortega deja sentado que “somos un solo pueblo, una sola nación en diáspora”, y lo compara a un árbol “cuya sombra se extiende y sus frutos se recolectan en distintas ramas”: Tenemos las mismas raíces. La realidad de “una nación dilatada y a menudo dividida, es un llamado a nuestra conciencia de cubanos a hacer cuanto sea posible en el orden humano para labrar un futuro de esperanza, de amor y unidad en el seno de la gran familia cubana”.

Insiste en la inspiración cristiana en la formación de la Patria cubana: “Cuba es su historia y en esa historia, como en la de ningún otro país latinoamericano, hay una riqueza de pensamiento cristiano en la fragua de nuestra nacionalidad... Nuestras raíces están ahí firmes y bien plantadas y a ellas debemos volver”.

Se refiere a la Patrona de Cuba, la Virgen de la Caridad, como símbolo patrio “que conjuga dulcemente, con abrazo maternal el amor a Dios y a la Patria”. Y añade que ella “invita al perdón, a la reconciliación y a la paz entre todos los cubanos”.

El Cardenal Ortega expresa esta urgente convocatoria: “Si en esta hora los católicos cubanos somos capaces de incorporar los valores patrios como parte de nuestra actitud de fe, estaríamos prestándole a Cuba nuestro mejor servicio, le daríamos a nuestra Iglesia un timbre de gloria”.

“A la Patria no podemos virarle la espalda” –dice–. Ya esta imprecación hace seguir una frase de Martí: “De la Patria puede tal vez desertarse, mas nunca en su desventura”.

Y sella su meditación sobre la Patria poniendo encima de todo el concepto de libertad, tan unido en Cuba al término de Patria, invitando a que se la ponga sobre las dificultades económicas en vista de la felicidad del pueblo: “Es necesario encarar con decisión el problema de la libertad, porque el hombre necesita de ella tanto o más que los bienes materiales”.

## IX

El Cardenal Ortega pronuncia palabras sobre la misión de la Iglesia que contienen un anuncio y denuncia sobre la sociedad cubana actual: “Mover las conciencias para que los hombres y mujeres cambien en el sentido del bien; denunciar el mal, la injusticia, la falsedad y la falta de amor como pecados que ofenden a Dios; sobre todo anunciar caminos de esperanza para el pueblo”.

Esta misma voz profética de la Iglesia “debe también recordar a todos, sea a los más sencillos o a los de algún rango social, a la sociedad entera o a sus mismos gobernantes, que cada uno debe hacer lo que le corresponde por el bien de todos los seres humanos”. “Nuestro pueblo necesita una cura de amor, que sane tantas heridas”.

Recuerda aquellos momentos de ruptura en los cuales, durante estas tres últimas décadas, se vieron enfrentados tantos hermanos: “La época difícil en que era casi obligado llamar ‘rezagos del pasado’ a aquellos recuerdos maravillosos que había que reprimir internamente, porque una mentalidad falsamente científica, en nombre de un ateísmo extraño a nuestra cultura así lo exigía”.

Pero “el ateísmo fracasó... porque sobre un ‘no ser’ no se puede fundar nada”. El ateísmo “no caló en los corazones; ha dejado huellas, huellas de búsqueda, a veces angustiada y desesperada, a veces exaltante, a veces sorprendente y consoladora para los pastores de la Iglesia”. Porque fue la fe la que “conformó nuestra manera de pensar, de ver la historia, de considerar al prójimo, de concebir la familia, la amistad, el bien y el mal, la vida y la muerte... Fue la fe cristiana la que nos ayudó a cuajar como nación”.

El Cardenal Ortega aborda uno de los problemas de la sociedad cubana actual: “Instalarse fuera del país... sigue siendo hoy para no pocos hermanos nuestros su única esperanza. Esto es también un dolor de la Patria y de la Iglesia”. “A partir del proyecto de dejar nuestro país, cuya ejecución puede durar años, se produce una especie de ‘exilio interno’ que hace que muchos no tengan su centro de interés aquí. Sólo el poder del Espíritu Santo puede arrancar del alma del cubano sus ansias de escapar, que ha venido a reemplazar, en cierto grado, la verdadera esperanza cristiana”.

Pero también reconoce que “en el futuro será imposible escribir la historia de Cuba sin estudiar la contribución que han hecho a ella los cubanos que en estos años han vivido fuera del país”. No obstante, “es necesario deponer aún actitudes severas allá y aquí. En el reciente viaje a Miami y a Newark –cuenta el Cardenal– hablé el lenguaje eterno del Evangelio, el único verdadero cuando queremos promover la auténtica fraternidad y acercar corazones. Pero palabras como perdón y reconciliación propias de nuestra fe cristiana, eran rechazadas inmediatamente por algunos hermanos cubanos, incluso cristianos... Es mucho amor lo que necesitamos los cubanos de aquí y de allá”. “Cuba necesita del abrazo fraterno de los cristianos cubanos, que sea como fermento de reconciliación y anuncio de paz en el seno de nuestro pueblo de los dos lados del estrecho floridano”.

## X

En una homilía pronunciada ante la Patrona de Cuba, la Virgen de la Caridad en su santuario del Cobre, el Cardenal Ortega incluyó esta oración que resume cuanto quiere la Iglesia para la Patria cubana:

“Madre de todos los cubanos: sana las heridas de tantos corazones, enséñanos a tratarnos con amor, ayúdanos a superar nuestras dificultades económicas y políticas, que Cuba no sea aislada y bloqueada, sino ayudada para superar esta crisis. Que nuestra independencia sea preservada y protegidas la justicia y la libertad de todos los cubanos”.